

*meriti illam sacerdos offerat, eadem est quam dedit ipse Christus discipulis suis: nihil habet ista quam illa minus, quia non hanc sanctificant homines, sed ipse Christus, qui eam ante sacraverat.* S. Chrysost. in epist. 1 ad Timoth.

*Omnes differentias hostiarum una corporis et sanguinis implet oblatio, ut sicut una est pro nobis victima, sacrificium ita nunc de omni gente sit dignum.* S. Leo serm. 8 de Passion.

*Sacrificium corporis et sanguinis Christi succedit omnibus sacrificiis veteris Testamenti, quae immolabantur in umbra hujus futuri.* S. August. lib. 17 de Civit. Dei, cap. 20.

*Necesse est ut cum hac agimus, nosmetipsos Deo in contritione cordis mactemus, quia, qui passionis dominicae mysteria celebramus, debemus imitari quod agimus: tunc ergo vere erit hostia Deo, cum nos ipsos hostiam fecerimus.* S. Gregor. lib. 4. Dialog. cap. 55.

*Elevatur in manibus sacerdotis, et frangitur, et distribuitur, et in nobis sepelitur, et facit nos secum liberos à corruptione.* S. Joann. Damasc. de Corp. Christi, cap. 8.

del sacerdote que ofrece este augusto sacrificio, éste siempre es el mismo que Jesucristo dejó á sus discípulos, ni más ni ménos; porque no son los hombres los que lo consagran, sino el mismo Cristo, que lo consagró la primera vez.

Este solo sacrificio del cuerpo y sangre (de Jesucristo) suple por todas las diferentes ofrendas antiguas; para que así como la víctima es una por todos, así el sacrificio sea digno de toda nacion.

El sacrificio del cuerpo y sangre de Jesucristo ha sustituido todos los sacrificios del antiguo Testamento, que se ofrecian como simbolos del mismo.

Al ocuparnos en este sacrificio, es preciso que nos sacrifiquemos á Dios, por medio de una contricion perfecta; y puesto que celebramos los misterios de la Pasion del Señor, debemos imitar lo que renovamos: así, nunca será tan agradable á Dios el sacrificio, como cuando nos ofrecemos á él como víctimas.

Es elevado (el cuerpo del Señor) por manos del sacerdote, es dividido, distribuido y sepultado dentro de nosotros, preservándonos consigo de la corrupcion.

## EVANGELIO.

(AUTENTICIDAD, VERDAD Y DIVINIDAD DEL)

*Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?*

Si os digo la verdad, por qué no me creéis?

(JOAN. VIII, 46.)

Ciertamente, hermanos míos, que es una cosa bien extraña oír á los incrédulos, tratar de fábula el evangelio de Jesucristo, que cuenta diez y nueve siglos de posesion, que se halla escrito por testigos oculares de los hechos que refiere, que está publicado en todo el universo, que se ve confirmado con milagros públicos é innegables, confesado por millones de hombres, que han dado la vida entre los más horrorosos tormentos por su creencia; defendido, explicado, aclarado por los hombres más sábios y virtuosos de todos los siglos, y que lleva todos los caracteres de autenticidad, de verdad y de divinidad, que el género humano podia desear, en un libro que se le presentase de los misterios que Dios ha revelado á los hombres, de las leyes que les ha dado, de las promesas que les ha hecho, de los beneficios que les ha dispensado, de la alianza que con ellos ha contraído, de los castigos con que los ha amenazado; en suma, es cosa bien extraña, que el Evangelio, que abraza toda la economía, toda la santidad y toda la divinidad de nuestra Religion cristiana, quieran los incrédulos, reputarle por una fábula inventada para alucinar los pueblos, para esclavizarlos, y mantenerlos en la ilusion de las más groseras y absurdas supersticiones. Extraña cosa os parecerá, y más, si considerais, que ellos no han dado, ni dan, ni darán jamás pruebas razonables de lo que dicen: ellos quieren ser creídos como oráculos, y que renunciemos, por deferir á sus resoluciones, las luces de la razon natural, las pruebas de la crítica más sana, y la autoridad soberana de la divina revelacion. ¡Extrañas pretensiones en un siglo, que se llama de las luces, por los progresos de las artes, las leyes y las ciencias!

Reflexionad que tratamos con incrédulos instruidos, y que ellos saben bien, que han perdido el pleito, y no pueden esperar otro tér-

mino que el infierno para siempre, si les probamos invenciblemente la autenticidad, la verdad y la divinidad del Evangelio. Para mantener la corrupcion de su corazon, ahogar los remordimientos de su conciencia, y llenar de tinieblas su entendimiento, han menester negar la verdad del Evangelio. De lo contrario, se verian en la precision de abandonar su incredulidad, ó contradecirse á cada paso. Pero, *si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?* Si yo llego hasta la misma demostracion, en las pruebas de la verdad y divinidad de la historia de Jesucristo, escrita por los evangelistas, ¿por qué no exigiré de ellos el abandono de su error, y la sumision más absoluta á la razon y á la fé? El punto es el más delicado é interesante. Si él se prueba, irresistiblemente se prueba todo: si no se demuestra, nada se adelanta, nada se ha hecho. Si no puede negarse la verdad de la relacion de los evangelistas, Jesucristo ha sido, es y será eternamente el Mesías prometido en la ley y los profetas, el enviado de Dios á los hombres para su salud y redencion, el Salvador del mundo, el Verbo hecho carne, Dios y hombre verdadero. Los incrédulos instruidos se han obstinado contra las pruebas evidentemente creibles, que en otras ocasiones os hemos dado de estas verdades; veremos ahora, si se muestran más dóciles á las que vamos á darles de la autenticidad, de la verdad y divinidad del Evangelio.

¡Dios mio! sostenedme con vuestra gracia, para que yo defienda vuestra causa. Compadeceos de los incrédulos, moved su corazon con afectos virtuosos, para que no prostituyan las luces de su entendimiento. Concededles esta gracia, por los méritos de la más amable y más santa de todas las puras criaturas, María Santísima, vuestra purísima Madre y nuestra poderosísima protectora. A. M.

4. Yo, señores incrédulos, no he inventado la historia de los Evangelios, ni vosotros tampoco: siglos ántes que nacióramos, existian ellos en el mundo. Nuestros padres los recibieron de nuestros abuelos, y éstos de sus mayores, sin haber habido siglo en el cristianismo, en que no se hiciese mencion de estos libros, como escritos por san Juan y san Mateo, apóstoles de Jesucristo, y por san Lucas y san Marcos, discípulos y compañeros de san Pedro y de san Pablo. Escudriñense todas las épocas del cristianismo, examínense todos los escritos de los Padres, léanse todas las actas más auténticas de las historias más universalmente recibidas por verdaderas, jamás se hallará variedad de opiniones en este hecho: el Evangelio apareció en el mundo cuando nació el cristianismo; el cristianismo apareció en el mundo, cuando empezó á predicarse el Evangelio. ¿Podrá pre-

sentarse una verdad más demostrada que ésta? Los evangelistas son autores contemporáneos de la historia que escribieron de Jesucristo. Los dos primeros, escribieron lo mismo que vieron con sus propios ojos, lo que oyeron con sus propios oidos, y lo que habian tocado con sus propias manos de la santidad, de los milagros y de la doctrina del Salvador; y los dos últimos, dieron á luz su Evangelio en el tiempo de los apóstoles y los demás discípulos de Jesucristo; tiempo, en que acababan de suceder los hechos que referian; tiempo, en que estos hechos los sabian todos, y no podian ser creidos, si fueran falsos, no ignorados, siendo verdaderos; tiempo, en que todo el mundo se habria levantado contra ellos, y los habria convencido de impostores, si su relacion hubiera sido falsa; tiempo, en que tomaban á sus mismos enemigos por testigos de los hechos que predicaban y escribian; tiempo, en que decian á los judíos: ved ahí lo que vosotros sabeis tan bien como nosotros: estos milagros de Jesús los habeis visto vosotros, vosotros habeis escuchado su doctrina; ese Jesús, á quien habeis crucificado, ha hecho y dicho lo que aquí escribimos, para probar que él era el Mesías prometido al mundo, el Hijo de Dios, el Dios hecho hombre, anunciado por vuestros profetas, y cuya vida, cuyos milagros, cuya familia, lugar de su nacimiento y tiempo de su vida, teniais escrito en vuestros libros. No prostituyais las luces de vuestro entendimiento, incrédulos instruidos: decidme, ¿qué cosa más fácil, y qué respuesta más convincente podrian haber dado los judíos que esta? ¡Falsedad, impostura! nada ha habido de lo que decís: ninguno de nosotros ha visto lo que afirmáis. ¡Falsos milagros, falsa doctrina, falsa santidad de ese Jesús, falsos son todos esos hechos! mentís con el mayor descaro. Si la historia del Evangelio hubiera sido una fábula, como vosotros decís, ¿podrian haber hallado aquellos hombres una respuesta más pronta, más justa, ni más decisiva que esta? Los judíos, tan interesados entónces, como obstinados ahora, en negar la venida del Mesías, ¿hubieran permitido la publicacion de sus milagros, si fueran falsos? Naim y Jerusalem ¿no hubieran gritado, demostrando la resurreccion fabulosa de Lázaro y la del hijo de la viuda? La sinagoga entera ¿no hubiera demostrado la falsedad de la vista del que habia nacido ciego? de tantos enfermos que veian sanos? de tantos sordos que oian? de tantos baldados que caminaban? de tantos demonios que huían? de tantas viandas como se multiplicaban? ¡Qué! estos hechos no eran públicos? ¿no pasaban en las plazas, en los templos, en las calles y en los campos? Rasgado el velo del templo por sí mismo, eclipsado el sol fuera del orden y curso de su movimiento, temblando la tierra, abriéndose los sepul-

eros, resucitando los muertos, y partiéndose las piedras en la muerte de Jesús; ¿ todos estos y otros asombrosos acontecimientos ¿ no llegaron á su noticia como verdaderos ó como falsos? Si fueron verdaderos, ¿ cómo podrá ser fábula la historia que los refiere? Si falsos, ¿ cómo no los niegan? ¿ Negarlos! ellos mismos los confesaron y los confiesan: ellos mismos dijeron: todo lo ha hecho rectamente este hombre: ha hecho oír á los sordos y hablar á los mudos: ellos mismos, estando Jesús para morir, repitieron esta verdad, harto mal entendida de ellos: *á otros ha hecho salvos, y á si mismo no puede librarse de lo que padece.* ¿ Puede darse una demostración más palpable de la autenticidad y verdad de los hechos que se cuentan en el Evangelio?

Y quiénes los refieren, los predicán, y los sostienen? ¿ qué interés les resulta de publicarlos? Los predicán y los escriben unos hombres humildes, modestos, sencillos, desinteresados, virtuosos; unos hombres que hablan y escriben con un candor admirable de su propia grosería, de su ignorancia, de sus debilidades y de sus pasados crímenes; unos hombres que perpetúan en el mundo, á la par de las maravillas de Dios hombre, la negación de Pedro, la traición y muerte desgraciada de Judas, la incredulidad de Tomás, las pretensiones ambiciosas de Juan y Santiago, y el vergonzoso abandono de su Maestro en la noche de su pasión por todos sus discípulos. ¿ Es este el carácter de los impostores? Y ¿ qué interés les resultaba de sus fingimientos? ¿ la fama, el renombre, el descanso, las comodidades, las riquezas? Nada de eso, todo lo contrario. No tenían otro interés que el de anunciar la verdad de la doctrina; y los hechos que habían oído y visto: no tenían otro interés que dar á conocer á Jesucristo como Dios y hombre verdadero: no tenían otro interés que la salvación de todos los hombres, por la creencia y observancia de las leyes del Evangelio, que les promulgaban.

Yo comprendo que ha habido en el mundo hombres, que han sacrificado su deber á su reposo; el testimonio de su conciencia á la aprobación de los hombres; su salvación á su vida, y sus intereses eternos á los temporales. Se ha visto á varios correr al suplicio por una opinión que habían adoptado, sea en materia de religión sea en materia de filosofía, de política ó de gobierno: ellos la creían cierta, y morían persuadidos de la recompensa que recibirían de Dios en el cielo, ó del renombre y fama de su heroicidad, que conservarían entre los hombres en la tierra. Pero, que un hombre muera para atestiguar un hecho, que él mismo conoce ser falso, y en el cual no tiene interés alguno, siendo falso; esto no se ha visto.

Pero supongamos, por un momento, que los evangelistas fuesen los más rematados locos que había visto el mundo, desde su principio, escribiendo una historia fabulosa, contra la que el mismo mundo habría dado el más ilustre testimonio, demostrando, con hechos innegables, su falsedad; ¿ cómo es, que la hicieron creer á tantos sábios, á tantos hombres distinguidos, á tantos príncipes poderosos? ¿ Qué furioso frenesi se apoderó de millones de niños, de doncellas, de jóvenes, de ancianos, de sacerdotes, de obispos, de generales famosos por sus hazañas militares, de hombres y mujeres de todas clases y jerarquías, para que eligiesen morir entre los tormentos más horribles, antes que negar la fé del Evangelio? ¿ Qué locura fué aquella tan desenfadada, que cundió hasta los extremos de la tierra, no hallándose reinos ni provincias, que no estuviesen regados con la sangre de los mártires? ¿ Qué locura fué aquella, que, sin armas, sin ejércitos, sin riquezas, y sin más aparato que la cruz de Jesucristo, derribó las Dianas de Éfeso, las Minervas de Atenas, los Júpiter de Creta, las Vénus de Troya, los ídolos de Roma, y arruinó la gentilidad en toda la tierra? ¿ Qué locura fué aquella tan extraña, en que los furiosos obraban milagros estupendos, amansando las fieras, sanando los enfermos, dando vista á los ciegos, vida á los muertos, y mandando á todos los elementos? ¿ Qué! ¿ el cielo, la tierra, el mar, los ríos, los reyes y los súbditos no presenciaron aquellos prodigios? ¡ Ay! es menester repetir la confesión sincera de los antiguos magos de Egipto: *Digitus Dei est hic.* Aquí anda el dedo de Dios: la Omnipotencia obra y sellaba con la marca de la verdad estas maravillas. ¿ No obró Dios milagros? fueron ilusiones, prestigios y apariencias? Mayor milagro veo ahora. Un mundo entero, trastornado en su creencia y en sus opiniones religiosas por doce pobres hombres, contra quienes se levantaron los reyes, los filósofos, los grandes y poderosos de la tierra, con todo género de máquinas, astucias y crueldades, y quedaron, sin embargo, dichosamente vencidos y postrados á los pies de Dios hombre crucificado, que predicaban unos hombres tan pobres. ¿ Es esto posible sin milagros? puede sin milagros concebirse una obra tan divina? y puede uno sin horror oír á los incrédulos, que se tienen por instruidos, negar unas demostraciones tan evidentes? ¿ Qué uso haceis, hombres miserables, de vuestra ilustración? Seguid, infelices, pues así lo quereis, seguid en vuestra insensata incredulidad; que en breve, acometidos de una enfermedad grave, postrados en una cama, despedazado vuestro corazón con los remordimientos más violentos, abandonados de las criaturas, y condenados por la justicia de Dios, experimentaréis en el infierno los amargos frutos de vuestra obstina-

cion. Y vosotros, cristianos míos, acompañadme á dar algunos otros pasos en el camino de la verdad, para que sea más y más firme y razonable el obsequio de vuestro entendimiento, á las lecciones de este libro escrito por divina inspiracion.

2. Haced conmigo, amados cristianos míos, dos reflexiones, con la mayor atencion que podais, y descubrireis en ellas, que el Evangelio fué inspirado y dictado por el mismo Dios. El Evangelio, que, con las palabras más sencillas, nos enseña la doctrina más pura y más sublime, que cuantas dictaron jamás los ingenios de los hombres; el Evangelio, que nos dá de Jesucristo la idea más grande y más augusta que puede caber en el entendimiento humano; el Evangelio, que, en una sola de sus páginas, descubre al mundo más nuevas y asombrosas verdades, que cuantas habian descubierto todos los hijos de Adán en la dilatada carrera de los siglos; este libro admirable, á cuya presencia desaparecen las luces de la doctrina más celebrada de los filósofos antiguos y modernos, más presto que á la vista del sol desaparecen las estrellas, está escrito por los cuatro evangelistas, poco despues de la muerte de nuestro amable salvador Jesús. Reflexionad que no todos han escrito en un mismo lugar, ni en un mismo tiempo, ni en una misma lengua, ni con un estilo mismo. Cualquiera que lea con reflexion los cuatro Evangelios, hallará que, siendo cuatro los escritores de la vida, de las palabras y las obras de Jesucristo, todos la escriben de diferente manera; todos cuatro son originales en su clase, y todos trabajaron la obra con independencia el uno del otro. No colocan todos los mismos hechos con el mismo orden, ni los dicen con los mismos términos, ni explican las mismas circunstancias, y, sin embargo, jamás se contradicen. El estilo de cada uno tiene su sencillez admirable, y ninguno se parece al otro. Si ellos hubieran estado de acuerdo, era imposible hallar tanta diferencia entre ellos; y si no hubieran sido inspirados por el espíritu de verdad, era imposible que procedieran tan conformes. Reflexionad que los evangelistas escribieron unos hechos tan maravillosos y estupendos, que jamás el mundo los habia visto semejantes, ni los volverá á ver jamás; y siendo la conducta de todo escritor de sucesos extraordinarios, preparar mañosamente á sus lectores, para que reciban lo que les va á referir en el género maravilloso, ofrecer pruebas, buscar ejemplos, citar autores, reflexionar oportunamente, ó dudar con destreza y artificio, para lograr la creencia de lo que refieren; ellos, por el contrario, entran como de un golpe en su historia, sin tomar ninguna de estas precauciones, que descubren siempre la desconfianza que todos los autores tienen de su asunto, de sus lecto-

res y de sí mismos; ellos empiezan su relacion como unas personas á quienes no se les ocurre siquiera, que pueda ninguno oponerse á lo que exponen. En el Evangelio todo son hechos; no se hallará una palabra, que se haya escrito para llamar la atencion y sorprender el entendimiento; ninguna palabra, para lisonjear el oido, ninguna, para mover las pasiones. Los evangelistas jamás prueban, jamás sacan consecuencias, jamás hacen reflexiones, jamás adelantan conjeturas, ni jamás dicen ni hacen ver lo que ellos piensan de los sucesos que refieren, ni de las personas de que hablan. Jamás admiran, jamás aprueban, jamás tachan, jamás juzgan las personas, ni sus pensamientos, ni sus actos. Jamás se les ve admirados, ni indignados, ni movidos de compasion, ni llevados de alguno de aquellos afectos, que infaliblemente muestra el historiador en los sucesos que cuenta; y, sin embargo, no hay historia en el mundo más á propósito para mover los afectos. No es posible que sean tales escritos producciones humanas; el espíritu de Dios los ha dictado.

Leed, amados cristianos míos, el santo Evangelio, y admirareis la cosa más asombrosa del mundo: reflexionad sobre el tono con que hablan de sí mismos y de sus compañeros los evangelistas. Es imposible hablar con tanta indiferencia de personas que nada les tocasen. Ellos hablan de la oscuridad de su nacimiento, hablan de sus defectos, de sus debilidades, de sus faltas las más graves, como de cosas que decian simples relaciones á los sucesos de Jesucristo, y como de circunstancias que los acompañaban. Todos los mortales sentimos en nuestro corazon un amor propio, que pide nos disculpe-mos, cuando podamos, ó que seamos los primeros en culparnos, cuando no podamos disculparnos. Por esta diestra y mañosa conducta salvamos nuestra reputacion, ó nos indemnizamos con ventajas de la que hemos perdido. Nada de esto, que es natural en todos los hombres, hallamos en los evangelistas: ellos son únicos entre todos los mortales: cuentan sus debilidades y sus faltas más groseras, sin disculparse ni acusarse; de lo que infaliblemente resulta, que no tenian amor propio, que es cosa muy rara, ó que jamás cedian á él, que lo es todavía más.

Preséntennos los incrédulos instruidos sus escritos, y dígnanos, en qué página de ellos se halla la sencilla y verídica confesion de la oscuridad de su cuna, de la humildad de su profesion, de su necia tardanza en creer las verdades de la divina Escritura, de sus celos por el buen nombre de sus compañeros, de su ambicion por los primeros empleos, de sus negaciones de Jesucristo, de su cobardía en desampararle, de su estúpida ignorancia, de sus traiciones y de su in-

credulidad. ¿Nos darán los incrédulos en sus escritos algun ejemplar de esta conducta? ¡Ay de mí! Ellos, y yo, y todos los mortales, escribimos como hombres que ocultamos cuanto podemos nuestros defectos, y hacemos valer cualquiera ventaja que haya en nosotros, aunque sea hurtando la gloria al Dios de las misericordias, de quien la recibimos: en los evangelistas vemos todo lo contrario. Parece que ignoraban que hablaban de sí mismos, y de unos discípulos escogidos y llamados por el mismo Dios humanado, cuya eleccion tan desproporcionada para sus grandes designios, degradaban hasta lo sumo con la publicacion de sus desórdenes. ¿Se vió jamás en el mundo cosa semejante?

Demos, por último, amados cristianos, el golpe más fuerte á los incrédulos, y el más irresistible, á pesar de su ilustracion. Alegaré, pues, lo que es ménos regular en el entendimiento humano, quiero decir, la imparcialidad que reina en el Evangelio, y que jamás se desmiente, desde el principio, hasta el fin de esta obra verdaderamente divina.

Dadme un escritor, desde los siglos más remotos, hasta nuestros dias, que no tome parte en pro ó en contra del héroe de su historia y de todos los personajes que la componen. En vano os fatigariais en buscarle: no le hallareis fuera del antiguo y nuevo Testamento. Todo hombre que escribe naturalmente una historia, ordinariamente empieza, formándose una idea de su héroe y sus compañeros, por lo que ha visto, leído ú oído decir de ellos, y los va pintando conformes á esta idea. Siempre los manifiesta, segun los ha juzgado, buenos ó malos, odiosos ó amables, dignos de estimacion ó de desprecio. Todo historiador lleva necesariamente una cierta opinion de los personajes que entran en su historia, y, sobre todo, del que en ella representa el principal papel. Él desea, él quiere, él procura, que todos formen la misma idea. Reflexionad ahora, cristianos míos, que los evangelistas viajaron por el universo, para dar á conocer á los pueblos á Jesucristo, se expusieron á mil peligros por Jesucristo, padecieron cárceles, tormentos y la muerte misma por Jesucristo; escribieron su historia por la gloria de Jesucristo, para que las naciones observasen su doctrina, para que le reconociesen y adorasen por Dios y hombre verdadero. Ellos, en fin, amaban á Jesucristo como á su maestro, como á su salvador y á su Dios. Estas tres palabras lo dicen todo. Representaos, ahora, que os poneis en su lugar, para escribir la Historia de Jesucristo, que le veis como ellos le vieron, que le conoceis como ellos le conocieron, y le amais como ellos le amaron, y que vuestro designio es imprimir en vuestros lectores y en todo el universo los

mismos sentimientos que vosotros teneis de aquel humanado Dios. ¿Podriais escribir vuestra historia sin llenarla de expresiones apasionadas, y sin dejar ver en cada página señales de vuestro interés, de vuestro celo, de vuestra admiracion, de vuestro amor por Jesucristo, objeto tan digno de todos estos afectos? ¿Podriais escribirla sin indignacion contra los que le prendian, escupian, azotaban y crucificaban? ¿Podriais escribirla sin horror contra la traicion de Judas, contra la ingratitud y crueldad de Malco, contra la hipocresia y envidia de los sacerdotes, contra la debilidad de Pilatos y la ferocidad de los verdugos? En suma, ¿podriais escribir la historia de tan venerable persona sin elogios de su invencible paciencia, de su profundísima humildad, de su sabiduría divina, de su mansedumbre inalterable, de su caridad sin limites, y de su santidad sin semejante? ¿La escribiriais sin mostrar en los rasgos de vuestra pluma la indignacion, de que estaba lleno vuestro corazon, contra los que maltrataban al hombre más bueno, más cabal, más justo que vieron jamás los siglos? Aparezcan aquí todos los incrédulos instruidos, y digannos, si quieren hablar de buena fé, si esto es posible al corazon humano, sin direccion inmediata del poder divino. Los siglos jamás lo vieron, los presentes no lo conocen, ni esperan verlo las generaciones venideras.

Ved ahí lo más extraordinario que encuentro en el Evangelio: ni los milagros me asombran tanto como aquel aire de indiferencia é imparcialidad con que los evangelistas, hombres los más apasionados y amantes de Jesucristo, hablan de él, de sus enemigos, de sus jueces, de sus discípulos, de sus amigos y de ellos mismos. Los evangelistas hablan de Judas, hablan de los príncipes, de los sacerdotes, de Herodes, Caifás Anás y Pilatos, con aquella misma sencillez y serenidad con que hablan de Jesucristo; hablan de sus milagros, como de sus padecimientos; de su gloria, como de sus humillaciones; de su resurreccion, como de su muerte: lo dicen todo, y nada hacen notar: ni hacen reflexiones, ni aún las insinúan, sobre unos hechos tan raros, peregrinos y estupendos, que las hacen inevitables, obrando naturalmente. Yo leo el Evangelio, y no encuentro en él á los evangelistas: encuentro los hechos y dichos de Jesús; encuentro su doctrina y su santidad; encuentro un hombre que habla y obra tan sobrenaturalmente, que con toda evidencia le veo ser Dios; y encuentro un Dios padeciendo, que con evidencia le veo ser hombre. Leo el Evangelio, y hallo la historia de un Dios hombre escrita por los evangelistas con la inspiracion de Dios.

Incrédulos instruidos, á vuestra razon apelo, para que sea juez im-

parcial de nuestra controversia. ¿Serán ciertos, verídicos, auténticos los libros del Evangelio, que aparecieron con el nacimiento del cristianismo, y que el cristianismo ha trasmitido á nuestras manos en su integridad sustancial, pues, cuando algun sectario ha tratado de suprimir ó alterar alguno de sus dogmas ó precepto grave de las costumbres, luego, inmediatamente, se ha levantado en masa el cristianismo entero, y le han hecho enmudecer con las decisiones conciliares y pontificias? ¿Serán verídicos, ciertos y auténticos los libros del Evangelio, que publican los hechos que vieron los mismos, escritores por sí ó por sus inmediatos maestros; hechos, que ellos mismos predicaron, defendieron, confesaron en Judea y en Jerusalem delante de los gentiles y judíos, y por cuya verdad padecieron y murieron? ¿Quiénes, cuando se anunció el Evangelio, ignoraban los hechos que contenia? ¿quiénes los contradijeron, demostrando su falsedad y la impostura de los evangelistas? ¿Serán divinos unos libros, que no tienen semejanza entre cuantos escribieron los hombres en toda la dilatada carrera de los siglos? ¿unos libros, llenos de sucesos singulares, extraordinarios, inauditos, y que superan todas las fuerzas de la naturaleza, todo el alcance del entendimiento humano, y todos los prestigios de la astucia, y que se escriben con una sencillez, con una seguridad y con una imparcialidad inimitables? ¿unos libros diferentes en sus autores, diferentes en su estilo, diferentes en el tiempo en que se escribieron, y diferentes en el idioma en que se publicaron; y conformes en los sucesos, conformes en los dogmas que enseñan, conformes en las personas de quienes hablan, conformes en la doctrina que predicán? No seais rebeldes á la luz; no oscurezcáis sus brillantes resplandores con los miasmas, efluvios y vapores crasos, que exhala la fétida corrupcion de vuestro corazon. Reconozca vuestro entendimiento la verdad, preséntela como amable á vuestra voluntad, y estas dos grandes potencias de vuestra alma os conducirán á vuestra verdadera felicidad.

Y vosotros, cristianos míos, recibid con todo agradecimiento y respeto esa carta de Dios enviada á los hombres; leed con reverencia el Evangelio, estudiad sus máximas divinas, creed sus venerables misterios, practicad sus preceptos y consejos saludables; esperad las recompensas que os promete, temed las amenazas que os hace, y descansad en los dulces brazos de la amable virtud de la obediencia á las sábias, justas y santas leyes que el Omnipotente os intima. Creed al Evangelio, practicad la doctrina del Evangelio, y sereis felices en la vida, felices en la muerte y felices por toda la eternidad. Amen.

## DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

EVANGELIO.—Debe ser leído con reflexion.  
Debe ser predicado en toda su pureza.  
Debe ser oído sin indiferencia.

EVANGELIO.—La ignorancia del Evangelio es la mayor confusion de los cristianos.

La profanacion del Evangelio es la insolencia más insoportable de los licenciosos.

El estudio del Evangelio es una de las más dignas ocupaciones de los predestinados.

EVANGELIO.—La doctrina del Evangelio es una levadura que purifica todas las ciencias humanas.

La doctrina del Evangelio es una levadura que perfecciona la doctrina de los profetas.

La doctrina del Evangelio es una levadura que nos hace encontrar sabrosas todas las verdades.

EVANGELIO.—No hay doctrina más eficaz para los que viven según la carne, que la doctrina del Evangelio.

No hay doctrina más consoladora para los que viven según el espíritu, que la doctrina del Evangelio.

FIN.